

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XI

✱

BARCELONA 26 DE JULIO DE 1900

✱

NÚM. 505

← DIRECTOR, J. F. Luján →



COLEGIO DEL CORPUS CRISTI LLAMADO EN VALENCIA DEL PATRIARCA
(Estatua de Mariano Benlliure)



VALENCIA

DE CALLE EN CALLE

BASTA con una ligera visita para conocer la capital del seco Turia. Valencia es tortuosa, irregular, deslabazada, sin dos casas que se parezcan; el tranvía recorre sus calles con una marcha siempre torcida, de reptil; un laberinto de travesías horada las manzanas de edificios, pero todo ello le da una fisonomía muy acentuada, le hace poseer uno de esos rostros de pronunciadas facciones que no se confunden con ningún otro. El movimiento de gentes es grande; un oleaje humano va y viene todos los días por las principales arterias de la ciudad, en la que abundan los comercios de lujo. Amplias plazas, algunas con arbolado y jardines, surgen en el corazón de la capital, sirviéndole de desahogo. El río pasa por un lado, cruzándole cinco puentes de sillería; es de anchísimo cauce, pero de ordinario no lleva ni gota de agua y en su lecho se distinguen algunas toradas royendo la yerba. Los paseos urbanos se prolongan en un gran trecho; son de una frondosidad inmensa, con su tránsito para coches y sus parques y alamedas; la nota que les caracteriza es la exuberancia; las frondas forman espesos toldos verdes: todavía hay en los recuadros buen número de flores y se adivina en ellos una inundación en los despertamientos de Abril. Por el extremo opuesto, frente la estación del ferrocarril y junto á la plaza de Toros, arrancan tres ó cuatro vías orilladas de troncos; es el ensanche que se inicia por aquel sitio, prometiendo para dentro de unos cuantos años una población á la moderna, recta y simétrica. Fuera de tal suburbio no se advierten muchos derribos, como si la parte antigua, repugnando caer en las debilidades de las viejas galantes que se componen para disimular sus años, se encontrara mejor con sus arrugas sin disfrazar.

Las torres de Serranos... Ofrecen acceso á la ciudad por el lado del río; el tiempo ha bruñido sus muros y les ha dado un tono de cobre... Son poligonales y almenadas, con un cornisamento en su parte media. El muro del centro ostenta primorosas labores góticas... Aquella puerta abierta entre los dos torreones que muestran su aéreo interior, cruzado por las aristas de varios arcos, piden á voces la aparición de D. Jaime, y en vez de las tartanas y tranvías que pasan debajo de su dintel, cree el espíritu distinguir los cabrilleos de corazas de las mesnadas feudales y las vestes toscas de los almogávares. Si hay algún monumento augusto, digno de una entrada triunfal, es, sin duda alguna, esta venerable fábrica, que sin-

tió un día silbar las flechas cristianas y que luego se vió agujereada por las balas de los franceses.

Hé ahí la Lonja: un grande y altísimo salón de extraña hermosura que exige á voces el silencio y el órgano, como si no se conformara con las numeradas mesitas de ministro en las que los labradores enséñanse sus muestras de granos para la contratación. Altísimas columnas retorcidas en espiral sostienen las naves, concluyendo á modo de capiteles en ligeros arcos de esbelta curva, que semejan los brazos colgantes de palmas de piedra. Exteriormente, resulta de un hermoso aspecto; su puerta principal y dos rasgadas ventanas que se abren á sus lados son ojivales; por uno de los ángulos del edificio corre gótica galería de primorosas labores; una hilera de elegantes almenas coronan la fábrica. Toda la construcción, por dentro y por fuera, posee incomparable gallardía.

Un alegre rumor de muchedumbre penetra por las puertas de la Lonja: es el mercado próximo. No hay que buscar en él cámaras de hierro, ni tranvías, ni nada que huela á moderno: sencillamente una plaza cualquiera, abarrotada de frutas, legumbres y flores en singular promiscuidad, y en la que pulula un tropel de aldeanas de grandes ojos negros, que traen á la memoria las serenas mujeres de la Biblia, en cuanto á la majestad de la persona, y que, por la pálida languidez del rostro, revelan su progenie bereber; acurrucada cada cual detrás de su banasta, resulta un conjunto marroquí. Ya hablaré de la mujer valenciana; sigamos ahora con el arte.

La Audiencia se presenta al paso; es notable en ella una de sus salas, donde se reunían

COSTUMBRES VALENCIANAS



EN VÍSPERAS DE BODA

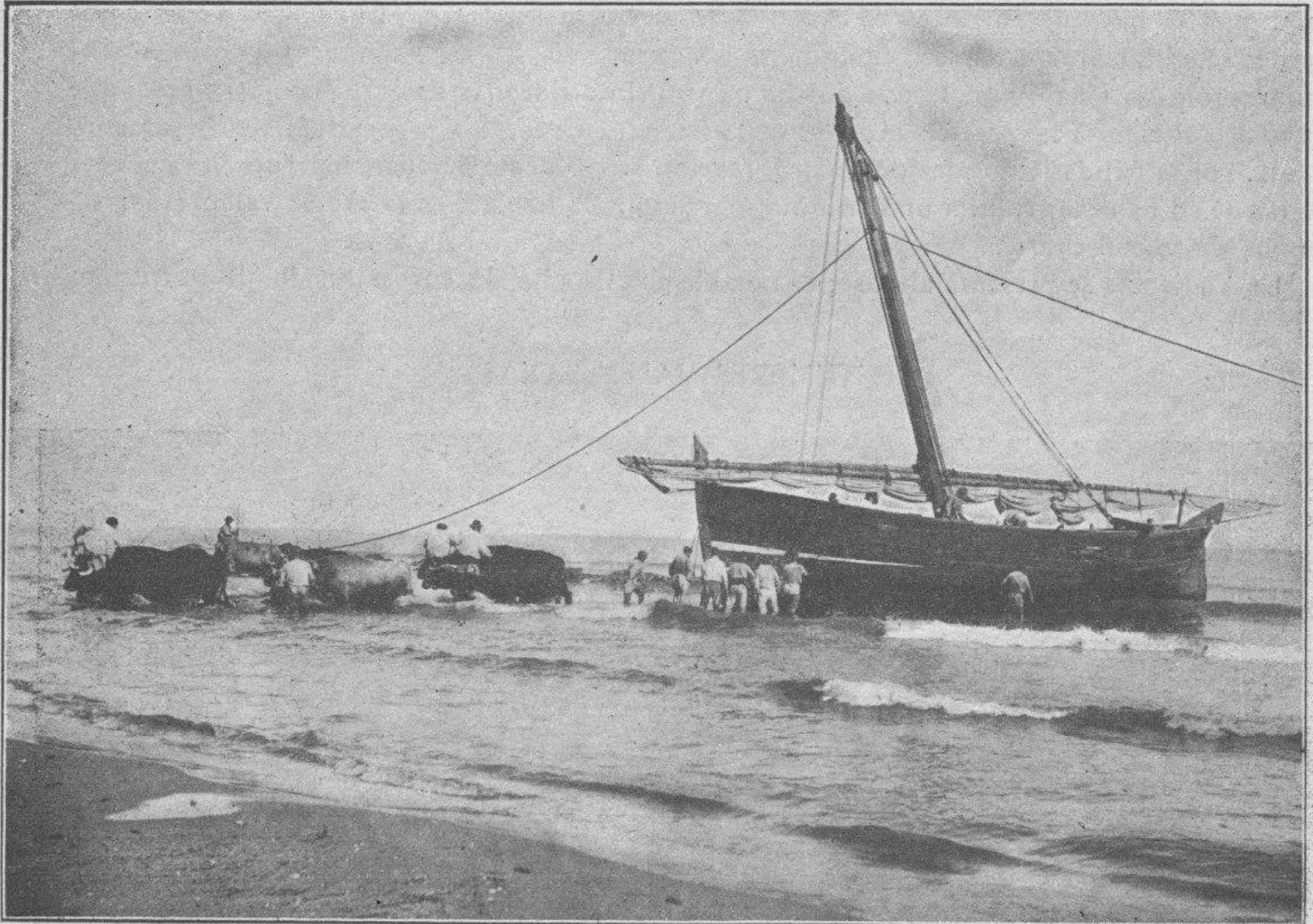
(Cuadro de J. Vila Prades, premiado con medalla de oro)

La Saeta

las antiguas Cortes valencianas, y la que conserva un soberbio artesonado del Renacimiento, de madera de pino, obscurecida por la edad. Los muros se hallan cubiertos por grandes cuadros al óleo, de ese característico estilo de fondos negros, peculiar de las escuelas antiguas, en los que se ven los retratos de cuerpo entero de cuantos tenían derecho á sentarse allí. Es fácil retroceder con la mente á la época; á un lado las vestimentas oscuras de los representantes de la ciudad, al otro las rojas túnicas de la clerecía, allá el grupo de los enviados de los pueblos; la presidencia va á leer algo; parece que todos aquellos graves varones se ladean para mirar con ira al importuno visitante; dejémosles; la sesión va á empezar. ¡Qué dulce sueño el de estas figuras, que no sabe que han pasado tres siglos!...

A. PÉREZ NIEVA

EN LA PLAYA



Varando la lancha pescadora

VALENCIA

Región de dichas y encanto,
Valencia, hermosa Valencia,
jardín florido de España,
cuyas flores son tus bellas;
en tu regazo se acoge
la brillante primavera,
pues sabe que en él no vierte
el invierno, sus tristezas;
y como aroma el ambiente
de los céfiros la esencia,

suaves llenan el espacio
de armonías que deleitan
á tus hijos predilectos
los músicos y poetas.
Tú eres la reina del Turia
que humilde tus plantas besa
y en el cielo de tu historia
brillan cual puras estrellas
recuerdos que al alma halagan
hinchidos de gloria inmensa.

MAGDALENA G. BRAVO

La Mona de Pasqua

FIESTA VALENCIANA

I

Vo no sé si es aquel ardiente sol que brilla y chispea en el hermoso cielo azul de mi tierra donde toda placidez tiene su asiento, si son sus huertas y jardines, con sus azahares, sus claveles reventones y sus rosas, ó acaso los besos rumorosos del tranquilo mar Mediterráneo, al ceñir blandamente aquellas fértiles costas, que ven crecer á un tiempo los naranjos y las palmeras, el granado y el almendro, distribuidos sobre bancales rojos como la grana. No sé si cada una de estas cosas, ó todas reunidas, dan la nota alegre, nó del país, que sobre esto no cabría duda, sino del carácter de sus naturales, expresivo, decidor, impresionable, bullanguero y amigo del jolgorio cual ninguno.

Bien se me alcanza que esta cualidad saliente del bullicio del pueblo levantino no es muy apreciable para ciertos espíritus serios, que ostentan su insoponible gravedad como único atributo; almas de cántaro que convierten, con cónico espejismo, en espantables gigantes los más ligeros molinos de viento (¡jellos que abominan el ridículo!); pero sobre no hacerles caso, ni echar en la balanza su sesuda opinión, me declaro partidario del metro valenciano, con tanto más motivo cuanto que por algo se dijo «que no quita lo cortés á lo valiente».

El hecho es que mis buenos paisanos echan mano de cualquier precepto, cívico ó religioso, para lanzar las campanas al vuelo, organizar amenísimas jiras, alborotadas romerías y honestos y entretenidos divertimientos. Hacen divinamente. ¡Eso se llama tomar la vida por el lado bueno!

¡Y que no saben alborotar, cuando quieren, las metálicas lenguas de las torres de la ciudad y de los pintorescos campanarios de los cien deliciosos pueblecillos que esmaltan su rica huerta!

Hay que ver aquello para entusiasmarse y sentir toda la vida, todo el contento que flotan en aquel ambiente saturado de luz, de olores campestres, de destellos y reflejos, de tonos variadísimos y de sonidos multiplicados.

Aquí la música, que suelta al aire armónicos acordes; más lejos, la morisca dulzaina con sus chillonas notas arábicas; en lo alto, el rápido volteo de las campanas; en la tierra, el atronador estampido de los *masquets* y el repiqueteo de la retorcida *trata*, y en todas partes los gritos de los chiquillos, las risas de aquellas *hembras hermosas* de tez pálida, pelo negro y dientes de granizo; las frases alegres de los mozos, todos vistiendo sus mejores trajes con dejos morunos; luciendo ellos en la cabeza el rameado



En la huerta

La Saeta

pañuelo de seda de pintadas flores, y ellas sus agujas y arracadas de oro, esmeraldas y aljófares, y el indispensable golpe de claveles, ó de violetas, ó de rosas, ó de jazmines, ó de heliotropos (¡qué se yo!) al pecho.

Hay que ver aquello, sentirlo, y confesar que no mariposea una idea por el aire que no sea risueña.

Los valencianos que vivimos fuera del país no podemos ver desfilan el largo catálogo de las fiestas populares de la tierra sin echar el corazón hacia ella y hacer un imperativo llamamiento á nuestros recuerdos; y apenas ha transcurrido San Dionisio, famoso aniversario de la conquista de Valencia por el rey D. Jaime, con la galante costumbre de *les piuletes y tronaors*, pensamos en *porrat* de San Valero: y cuando aún no se ha desvanecido esta idea, nos exalta la de las ingeniosísimas *fallas* de San José con sus punzantes sátiras; no bien pasa esto, tropezamos, de manos á boca, con las solemnes fiestas de Semana Santa, coronadas brillantemente

EN LA FERIA



Las carrozas

por un Sábado de Gloria ensordecedor y unas Pascuas más alegres que unas castañuelas, entreveradas con unos sabrosos artículos de comer, beber y arder, entre los cuales descuella, como dama soberana, la... Mona de Pascua.

¿Y para qué hablar de los clásicos *milacres* de San Vicente que se avecinan con su *tabalet y donsaina*, ni de las suntuosísimas procesiones de Corpus, la principal, y las de la Octava que están de camino con sus avanzadas de *Chagants y nanos*, ni menos aún de la feria de Julio que ya llega, ni de tanta y tanta fiesta como surge durante el verano en aquella bendita y dilatada campiña, fognazos del entusiasmo religioso de los campesinos, expresado en líneas de fuego que cruzan el espacio y caen en lluvia de estrellas (vulgo cohetes), nubes de incienso, enramadas de mirto, mejorana y laurel; cantos semi-árabes, y rasguear de bandurrias y guitarras?...

¡Oh fiestas magníficas y deliciosas á la Virgen de Agosto y San Roque!

Se me hace la boca agua y... se me va el santo al cielo.

Vuelvo á la Mona de Pascua.

II

¡La Mona de Pascual!

No he consultado el *Larousse* acerca de este importante punto, de modo que lo dejo virgen, si por acaso allí existe, para que lo desfloren algunos de los voraces espigadores del manso *Diccionario enciclopédico*.

Supongo buenamente que el origen de la popular costumbre valenciana, que celebra la Pascua Florida comiéndose al aire libre el enorme pastelón jaspeado de huevos duros pintarrajeados de amarillo, verde, morado y rojo, se pierde en la noche de los tiempos, y no me canso ni fatigo á los lectores con más investigaciones.

Allá va, pues, un apunte de cómo celebran los valencianos las Pascuas.

Por calles y plazas hormiguea la gente, sorteando los carruajes de todo género que se cruzan y confunden con los viandantes, en busca unos y otros del más corto trayecto para salir de la ciudad y dar de narices en el campo. Una vez en las afueras, la infantería se esparce por sendas y vericuetos, hablando, riendo, bromeando con el regocijo del próximo asueto campestre que se le prepara, metido en el cuerpo. Los coches, las tartanas, las galeras, los carros, atestados de provisiones, toman los caminos de los pueblos y caseríos de los alrededores de Valencia; los tranvías del Cabañal, Burjasot y Godella no cesan de ir y venir, carga-

dos de racimos de seres humanos, y el ferrocarril no descansa un segundo, moviendo énbolos, y silbando con furia, mientras deja en el Grao, en Alfalfa, en Catarroja, en el Puig, en Albuixech, en Carcagente, en Chiva, en Buñol... y en otras estaciones, millares de familias expedicionarias, con meriendas, las combas para saltar, los columpios para atarlos de árbol á árbol, y las cometas que á la caída de la tarde han de remontarse al cielo, culebreando caprichosos rabos de sedas de colores, uno de los lujos de la diversión.

La gente rica, con sus convidados, invade hermosas posesiones, y la gran masa del pueblo soberano y de las últimas filas de la mesocracia forma infinitos corrillos, sembrando la campiña de manchas negras.

Pero el espectáculo más movido y de más carácter está en la larga extensión que abraza el cauce del Turia desde el poblado de Campanar hasta su desembocadura en la plaza de Nazareth.

Allí puede decirse que no queda un palmo de terreno libre: tal es el número de *moneros* que en aquellos amenos sitios sientan sus reales.

Media la tarde: tiéndense las servilletas, se descubren las cestas de las viatuallas, se destapan las botellas y empiezan la mona (entiéndase bien) la Mona de Pascua.

El espacio se cubre á poco de cometas exagonales, romboidales y estrelladas, al punto de obscurecer el sol, como las flechas de los persas en las Termópilas (perdón por esta erudición de segunda enseñanza); aquí cantan, allí bailan, más allá se juega á las cuatro esquinas, entre carcajadas y animado bullicio...

Todos ríen, todos gozan...

La noche pone fin á la ruidosa y expansiva algazara: los caminos hormiguean de nuevo: el aire se puebla de voces, los tranvías se deslizan pesadamente sobre los rails; la locomotora chilla y corre incesantemente... y la inmensa explosión de alegría que se lanzó al campo por la mañana, abriendo impe-



Las carrozas

tuosamente las válvulas á la vida ordinaria, se reconcentra en los hogares para pensar en los cómicos é imprevistos incidentes de la pasada jira.

Y tiene tal atractivo la Pascua Florida para los buenos valencianos, que de muy antiguo se increpa allí á los distraídos y atortolados con estas palabras: «¿En qué piensas? ¿En la Mona de Pascua?»

ANDRÉS MIRALLES

RECUERDO (Á VALENCIA)

ALLÍ á la vera del mar latino, ese mar de nuestra civilización, arrullada por sus brisas suaves y embalsamada por los delicados perfumes de la purísima flor del naranjo, se reclina dulcemente sobre mullido lecho de fresquísima verdura, Valencia, la gentil matrona con aspecto de odalisca y aires de reina.

El fuego de sus ojos, fuego de amor que enciende los corazones, tan brillante como el sol de su cielo que sólo se apaga cuando lucen con luz vivísima las estrellas de sus tranquilas noches, forma admirable contraste con lo moreno de su tez y la dulzura de su habla encantadora.

El *Miguelete*, monumento de sus tradiciones, desafiando al mismo cielo con su arrogancia, le sirve de guardián fidelísimo, y el *Turia* serpenteando entre márgenes de flores y jardines, humildemente le presta vasallaje besando sus plantas.

Hoy celebra sus fiestas la perla del Mediterráneo: fiestas llenas de vida, llenas de luz. Hoy sus insignes artistas, afanándose por obsequiarla, le ofrecen singular batalla en donde la mujer hermosa llena de encantos, rivaliza con su hermana la flor fresquísima, llena de perfumes; y hoy sus inspirados vates, pulsando las doradas liras cuyas sonoras cuerdas construídas con fibras arrancadas del alma, profieren las sublimes notas de *Patria, Fides, Amor*, le erigen un trono; el trono magnífico de la poesía y de la belleza...

¡Oh Valencia, morada de mis purísimos afectos! ¡Yo te adoro! ¡Oh legendarios muros de la patria mía! ¡Yo os venero!...

R. HUGUET



La flor más preciada « del rico manajo » es la valenciana.



LA CASITA BLANCA

En el Cabañal conocí la mujer más hermosa de mi vida.

Era una valenciana, de formas mórvidas, incitantes, de tez blanca y alabastrina, con los ojos negros y el cabello abundoso y del color del ébano.

Allí, en medio de aquel ambiente saturado por la brisa del mar que se extendía delante de la casita blanca que ella habitaba, como inmensa sábana de azul intenso hasta confundirse en las lejanías del horizonte con el cielo, llegamos á querernos, con ese querer poético y encantador de los años juveniles, y á todas horas: por la mañana, apenas el sol asomaba en el horizonte invadiendo el espacio con sus rayos de colores brillantes, y por la tarde, al declinar á su ocaso, la valenciana de mis sueños y yo íbamos juntos, cogidos del brazo, á la playa y aspirábamos á bocanadas el salitre que llegaba á nosotros confundido con los aires marinos.

Durante el día el sol abrasador nos obligaba á recluirnos en la casita blanca, y desde la ventana que daba al mar contemplábamos las lonas de las lanchas pescadoras que como gaviotas se mecían á favor del oleaje con movimientos acompasados. Y en medio de aquel ambiente diáfano, el arrullo de nuestro idilio se confundía, se amalgamaba casi, con el arrullo plácido del agua rizada por la brisa tenue al extenderse sobre la arena de la playa, como si nos tuviera envidia y pugnara por llegar hasta nosotros á besarnos los piés.

Ella me miraba, me miraba con su mirar profundo y expresivo y yo respondía á su mirada, atrayéndola hacia mí y besándola en la boca, en aquellos labios rojos que recibían el beso del amante con dulzura inaudita, voluptuosa. Y luego reclinaba mi cabeza sobre su hombro, rozando mi frente con su cuello níveo, y así quedaba embriagado de amor, hasta que ella me hacía cambiar de posición para que me

fijara en otra lona blanca que asomaba por el horizonte, ó en una ola que había llegado más cerca de nosotros que las demás. Este era el idilio constante de aquellos días deliciosos en que sentía en mi interior todos los espasmos de la pasión volcánica y todas las dulzuras inefables de la poesía que me rodeaba.

Un día me dijo:

—¡Si esto durara siempre; si pudiéramos gozar toda la vida de esta felicidad!

Revelaban sus palabras y su expresión una tristeza indefinible.

Le contesté:

—Durará toda la vida; no temas,

—¿De veras?—preguntó.

—De veras.

Y su semblante se inundó de alegría.

Otro día, paseando por la playa, hundiendo nuestros piés en la arena y sintiendo yo la morbidez de su brazo en contacto con el mío, la dije:

—Vamos á Valencia.

—A Valencia, ¿á qué?

—Tenemos que separarnos y no quiero que vivas sola en el Cabañal; quedarás con tu hermana.

—¡Separarnos!—exclamó con tristeza.

—Volveré pronto á tu lado.

—Bueno,—dijo, dejando rodar dos lágrimas por sus mejillas con resignación estoica.

Después se volvió y al ver que la casa apenas se distinguía por la distancia que nos separaba de ella, exclamó:

—¡Mira, como nos alejamos de la felicidad!

Al poco tiempo volví á Valencia y pregunté por ella.

—Ha muerto,—me dijeron.—¡La pobre sufría mucho!

Y sentí que se agolpaban á mis ojos las lágrimas y á mi memoria el recuerdo de la casita blanca, de la felicidad, que daba al mar y en la que se había desarrollado nuestro idilio. Y pensé:—¡Qué razón tenía!...

CARLOS RÍA-BAJA



Huertana del día



PALETA DE J. ALMELA

QUÉ ME PARECE VALENCIA

I

¿Qué te parece Valencia?
me preguntan por doquier;
aun de mi opinión conciencia
no tengo: tened paciencia:
dejadme á Valencia ver.

Con el aplauso y el ruido
con que me habéis recibido,
nada sé aún, nada veo,
y ando cual recién salido
de un buque tras el mareo.

Mas por lo que ví al cruzar
la campiña que la cerca,
es labradora sin par,
que en una morisca alberca
se baña á orillas del mar.

Una gentil campesina
con humos de soberana,
que en el agua cristalina
ve su faz risueña y sana
una hermosa hurí cristiana
vestida á la tunecina;
una neerlandesa ondina
vestida de valenciana.

Eso es Valencia, preguntadores:
muestra y compendio de los primores
con que ornó el mundo la Omnipotencia,

germen y albergue de los amores,
fragante nido de ruiseñores,
pomo de esencia,
jarrón de flores:
eso, señores,
eso es Valencia.

II

Si lo que queréis saber
es más bien mi parecer
sobre la gente que mora
en este templo de Flora,
no sé cómo responder:

Pues no creo que creáis,
cuando tanto me obsequiáis,
que á vuestro aplauso y al trato
galán con que me hospedáis,
pueda jamás ser ingrato.

De recepción tan cortés,
de tanta benevolencia,
de tanto obsequio á través,
hé aquí, señores, lo que es,
para el poeta, Valencia:

Alcázar de la hidalguía,
cuna de la gentileza,

La Saeta

centro de la cortesía,
archivo de la nobleza,
la huerta de Mediodía,
tierra en que Dios con largueza
desparramó la belleza,
la luz y la poesía;
una alcatifa de cien colores
de Dios tendida para una audiencia,
donde del cielo los moradores
de Dios derraman en la presencia
ramos de flores,
pomos de esencia:
eso, señores,
eso es Valencia.

III

Y aquí me siento con ganas,
por más que en quien peina canas
sea torpe impertinencia,
de decir algo en Valencia,
de las hembras valencianas.

A lo que pude juzgar,
pues que me han dejado hablar
no más que con tres ó cuatro
los hombres, al visitar
la ciudad, y en el teatro,

el tipo puro, genuino
de la mujer de Valencia
es cenceño, nacarino,
como el antílope. fino,
por el garbo y la presencia.

De franca y risueña faz,
ojo limpio y perspicaz,
paso seguro y veloz,
lengua suelta, dulce voz
y alma de pasión capaz.

Las con quienes yo he hablado
tenían pardo el acento,
de timbre ondoso y vibrado,
el habla de largo aliento
y el aliento perfumado.

La más vulgar muchachuela
que brinca en una plazuela,
parece, por lo agraciada,
que hijo de un silfo y un hada,
corre con piés de gacela,
con alas de silfo vuela,
con plumas de cisne nada.

Moderen, pues, su impaciencia
desde hoy mis preguntadores,
hasta que pueda en conciencia
decir con datos mejores
qué me parece Valencia.

JOSÉ ZORRILLA



Barracas de la huerta

A ORILLAS DEL TURIA

Río de mi patria
que corres al mar
sin llevar mis penas
ni sentir mi mal.

Agua cristalina
que corriendo vas,
detente un momento
no corras fugaz.

¿Por qué tan deprisa
te arrojas al mar,

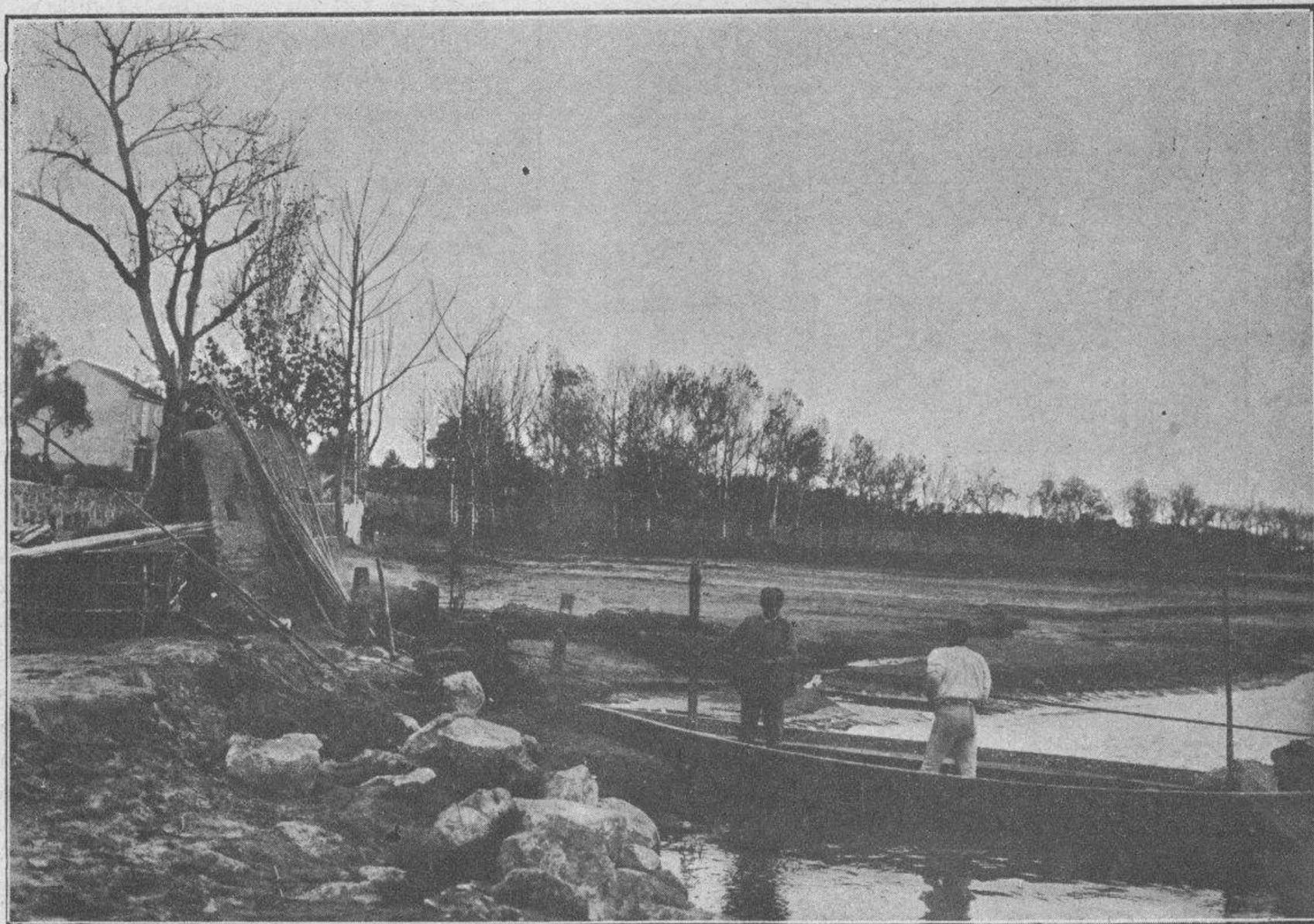
sin llevar mis penas
ni sentir mi mal?

¡Ah! tantos engaños
el mundo me da,
que casi no siento
sufrir otro más.

Prosigue tu curso,
y que tu raudal
se abisme en la tumba,
la tumba del mar.

Que yo indiferente,
sin pena ni afán,
sigo mi camino
que me ha de llevar,
donde para siempre
mis penas tendrán
de la muerte en brazos,
término fatal,
¡en el mar sin límites
de la eternidad!

M. LUCH



Paso del río por la barca en Monte Olivete

EL REAL DE LA FERIA

No sólo tiene Valencia sus flores, como dijo Arolas, sino que tiene su Alameda, y por tanto sus pájaros y sus mujeres.

La Alameda es un jardín con cara de risa. Aun en las tardes desmayadas del invierno, la esplendidez del sol, el murmullo del agua, la canturía de las aves, templan la tristeza del ambiente.

El sueño invernal de que nos hablan los poetas es una simple siesta allí.

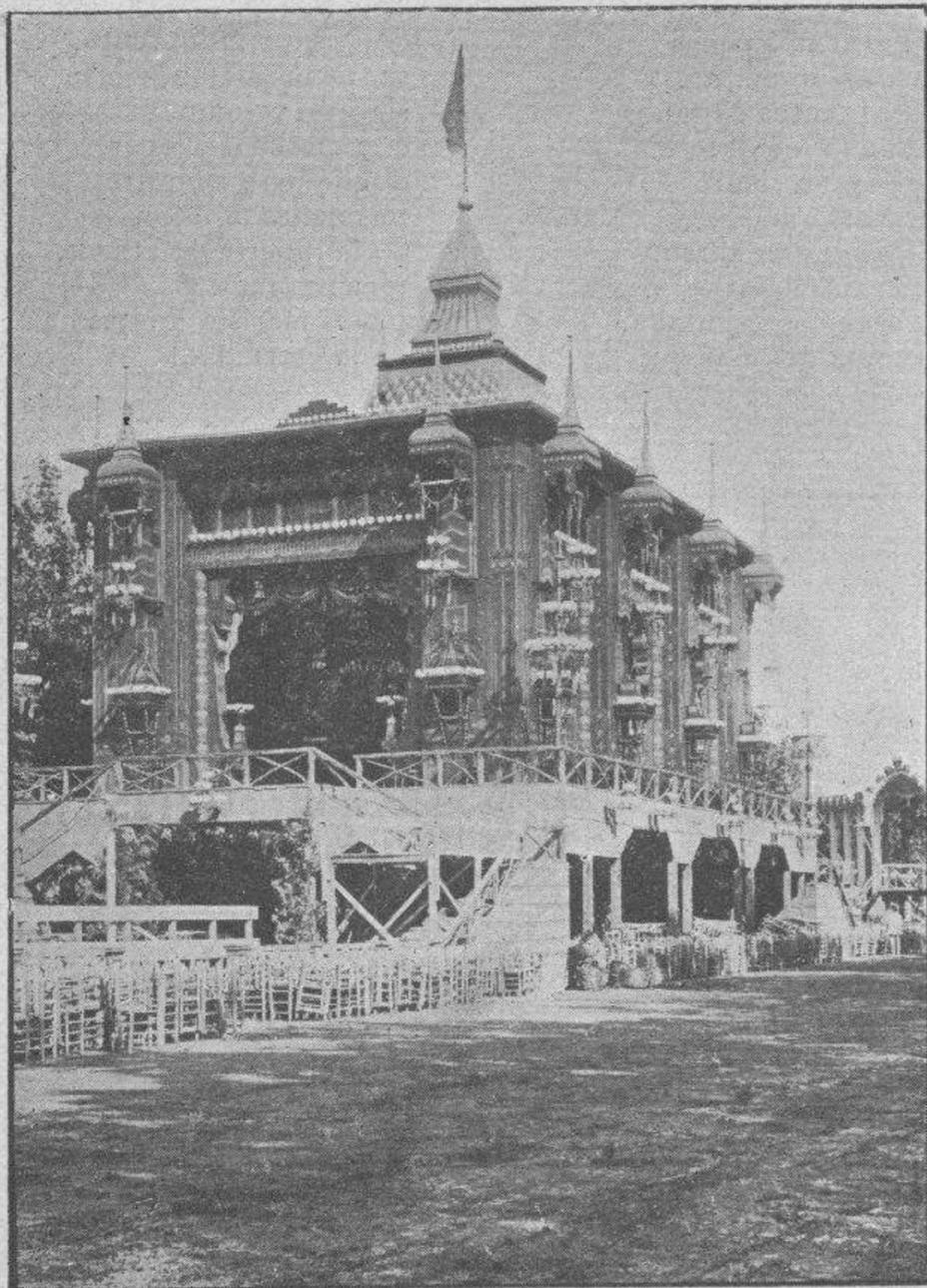
Para aquel paraíso es una coquetería, la primavera, y un lujo, el verano. En todas las estaciones ofrece al espíritu no sé qué encanto singular. ¿Los perfumes

de sus rosas y jazmines? ¿la serenidad diáfana de su cielo? ¿la umbría de sus árboles? ¿la luz?... No sé; todo eso y nada de eso. La poesía, el fuego de la vida, que fecunda la tierra, que abre los capullos, que embellece á la mujer.

★ ★

El real de la feria se presenta á los ojos del forastero como una visión deslumbradora. La feria es sólo un pretexto para la más seria de las ocupaciones del hombre: la de divertirse. Ofrece magnífico golpe de

EN LA FERIA



Los pabellones

vista la Alameda, donde las casetas de los feriantes ocupan un lugar ínfimo, secundario, relegadas á la margen del Turia. Brillan al sol los pabellones ricos, fastuosos; las enramadas de verdor luciente; los grupos airosos de flores de admirable gama de matices, y está todo esto animado por la presencia de la valenciana, tipo gallardísimo, de rasgos atrevidos, de líneas vigorosas que suaviza la gracia femenil.

Las notas que ofrece el Real son inacabables; hay en él para todos los gustos, y aun se me permitirá que diga para todos los sentidos; para recreo de la vista y para el más refinado goce espiritual. Entre lo más típico, se cuentan las horchaterías instaladas poco menos que al aire libre y servidas por apetitosas ¡ay, sí! *chiquetes* en traje del país, con sus faldellines claros, cortos; con sus brazos arremangados hasta poco más arriba del codo; con su pañolón de seda cruzado sobre el seno ondulante y sujeto en lazo por la cintura, y con su moño bajo, prendido por largas agujetas, que acaba de completar la figura. Aquí se presenta la huertana que parece traerse al Real todos los perfumes y todos los tesoros de la vega; allá la dama de rango aristócrata; más abajo la humilde hija

del pueblo digna por su hermosura de ocupar un solio, y más arriba la señorita de la capital: todas maleantes, todas divinas, todas llenas de majestad y señorío, pasando ante los ojos como un mal sueño de poeta, como irresistible tentación.

Las noches del Real son magníficas; á la temperatura templada por las brisas del mar, se une el ambiente perfumado por las rosas y los jazmines; á los ruidos de colmena de la revuelta multitud, los acordes de las músicas; al movimiento de oleaje que se nota en el gentío, el voluptuoso girar de las parejas en los altos entarimados de uno y otro pabellón; á los focos de luz potente, el reflejo de mil y mil bombillas ocultas entre el follaje para martirio de los pájaros (como que no quisiera yo ser ave del cielo y tener mi nido en la Alameda durante estos días). El aspecto es verdaderamente fantástico, sobre todo, si, como me ocurrió á mí, durante una de estas fiestas sorprendentes, está uno luchando con un sueño vengativo y cruel.

Confieso mi flaqueza. Bien hacía yo milagros y esfuerzos de voluntad para despabilarme, pero todo era inútil. No era, nó, que me rindiese la fatiga; que me abrumase el sopor; era que de los aromas que perfumaban el aire, jugando en el ambiente como geniecillos invisibles, absorbía yo no sé qué veneno sutil, misterioso, parecido al que toman ciertos sibiritas para sumirse en las deliciosas regiones del ensueño, forjándose la ilusión de que

asaltan el paraíso. Entornábanse los párpados y en la *media obscuridad* de las ideas, en el período vago de la confusión, llegaban hasta mi espíritu, mareándolo, las luces, los rumores, las músicas, el burbujear de la gente, el perenne reír de las doncellas locas, combinado todo armónicamente, produciendo imágenes de refinada voluptuosidad.

Sí, las noches del Real ejercen en el ánimo este influjo: os desafío á respirar en aquella atmósfera inflamada, como circuida por el fuego, sin que os creáis arrebatados de la tierra, caídos en un edén donde la Primavera perpetúa sus gracias y el Amor sus ilusiones, y donde la Vida humana parece inmortal. ¡Oh, nó! no me disgustaría estar soñando eternamente en un edén así.

* *

Para completar el cuadro, para subir en este certamen poco menos que indescriptible á las más ricas imaginaciones, no faltaba sino haber ideado la batalla de flores. Yo ni sé ni quiero describirla, sino diciendo que es digna de los placeres de los dioses en el incomparable Olimpo de los Paganos.

J. F. Luján

ARRÓS EN FESOLS Y NAPS

(VALENCIANO VULGAR)

Per l'horta, tocant mig día,
plens de infantil alegría,
dijosos y satisfets,
tornaven á la alquería
dos pobres fematerets.

L'un y l'altre, al escoltar
les dotse, que en só de queixa
els cridaven á la llar,
tingueren una mateixa
idea: la del dinar.

Lo mes menut, que li guanya
al altre que l'acompanya
en vivor, li digué així:

«Si fores el Rey d' Espanya,
¿qué dinaríes tu huí?»
Alsant lo front ple de arraps,
y soltant la llengua pronta,
li contestá: «¿Pues no hu saps?
¿Quina pregunta mes tonta!...
arrós en fesols y naps...»

«¿Y tú?» —afegí lo major.
Lo menut llansá un suspir,
y torcantse la suhor,
li replicá: «¿Qué he de dir,
si tú has dit ya lo millor?»

TEODOR LLORENTE

A LA LUNA DE VALENCIA

(NOTAS DE UN VIAJERO)

En el tren que me ha llevado
desde Lérida á Valencia,
estas notas he encontrado
en el coche reservado...
para las cosas de urgencia.

Va á tacharme de indiscreto
si me encuentra el buen sujeto
que perdió lo que publico;
por lo tanto, les suplico,
que me guarden el secreto.

**

Julio.—Martes—Diecisiete.
Cuando el tren, audaz, se mete
por los huertos valencianos
veo, al fin, el Miguelete
y las Torres de Serranos.

El paisaje me encariña,
Pasé verdes arrozales,
luego viña, mucha viña,
y ahora veo una campiña
llena de árboles frutales.

Paró el tren y he descendido
sin tener de ello conciencia,
pero un ¡ché! como un chasquido
me ha dejado convencido
de que he llegado á Valencia.

Diecinueve.—Es un deber
escribirle á mi mujer,
sin gusto, una carta sosa
pero, en fin, ¡cómo ha de ser!
«Mi queridísima Rosa:

»En este bendito suelo
»hay mujeres de primera,
»y bajo su puro cielo
»tiene una Cárcel Modelo...
»que para ti la quisiera.

»Tiene casas señoriales
»con almenas y torreones;
»Lonja, viñas, naranjales;
»produce muchos melones
»y no pocos concejales.
»Tiene calles excelentes;
»varios paseos decentes
»para que el pueblo disfrute,
»y un río con cinco puentes
»por los que se entra el matute.
»Como te escribo sin ganas
»te envío un beso y adiós.
»Tu esposo, Julián Amós.»
Ahora á ver las valencianas
por esas calles de Dios.

Veinte.—Festejos seguros
pues que comienza la feria.
Tengo en mi poder diez duros.
¿Podré librarme de apuros
con semejante miseria?

Rosa me aguarda esta tarde
pero... ¡vi una valenciana
tan hermosa y tan barbiana!
¿Me aguarda Rosa? ¡Que aguarde!
¡Yo me quedo hasta mañana!

Este suelo es un edén
donde hay mozas de *chipén*
que me recrean la vista.
¡Cualquiera toma hoy el tren
sin terminar mi conquista!

Veintidós.—Hoy mismo ha sido
cuando la hablé decidido.
La juré que era soltero
y apenas la dije: «envido»
ella me contestó: «quiero.»

Me quedan noventa reales
que se irán como una seda.
Gastaremos lo que queda
en los varios festivales
que hacen hoy en la Alameda.

Veintitrés.—¡Estoy chiflado
por sus azules ojillos!
¡Me caso, pero escapado!
.....
¡Cristo! ¡Me había olvidado
de que tengo dos chiquillos!...

Veinticuatro.—¡Qué aburridas
son las corridas de toros!
¡Y hay por aquí más *corridas!*
¡Y más fiestas admitidas...
desde el tiempo de los moros!

Veinticinco.—Ni una queja
soltaré, por majadero!
¡Me ha desollado primero
y hoy mi conquista me deja
porque no tengo dinero!
.....
¿Quién? ¿Un telegrama? ¡A ver!
«Se ha fugado tu mujer
«con teniente infantería.»
¡Dios mío! ¡Quién lo diría!
¡Señor! ¿Y qué debo hacer?
La de aquí me ha abandonado;
la de allá se me ha fugado
poniéndome... en evidencia.
¡Ahora sí que me he quedado
á la luna de Valencia!

Por la copia,
A. SERRA CUBELLS.

¡VALENCIA!

(CUENTO)

A un angelito del cielo
(según las crónicas cuentan),
por no sé yo qué cuestión
lo mandó Dios á la tierra,
diciéndole:—Has sido malo,
y verás cómo te pesa:
que el que despido de aquí
no vuelve hasta que yo quiera...
Lo dejó junto á las nubes,
san Pedro cerró la puerta
y quedó todo en quietud,
y el ángel se *quedó* fuera.
El pobre se echó á llorar,
protestó de su inocencia,
y al ver que no contestaban,
dijo al fin:—Pues bueno fuera
que cual un tonto llorase
estando á mis piés la tierra.
¿No soy libre? pues me voy;
buscaré lo que convenga.
Dió un suspiro, abrió las alas
y rodó por las esferas...

Yo no sé lo que vería
en su rápida carrera
(y comprenderá el lector
que no es fácil que lo sepa);
pero sí puedo afirmar,
y juro que es cosa cierta,
que el ángel batió las alas
caminito de Valencia,
y se quedó embabiecado
al contemplar su Alameda,
diciendo:—Del mismo cielo
es un espejo esta tierra.

Después vió *nuestras barraques*
y admirando su belleza,
exclamaba el pobrecito:
—Para mí la Gloria, es ésta;
que si bien se está en el cielo,
se está muy bien en Valencia.

Calló el ángel un momento,
se arregló la cabellera
y quedóse entusiasmado
al mirar una morena
más bella que la ilusión,
más dulce que la jalea,
con unos ojos... ¡qué ojos!
grandes como las estrellas.
El angelito, riendo
se aproximó á la doncella
y libó en sus lindos labios
cierto delicioso néctar.
—«Esto es hecho,—dijo el tuno,—
me gustan estas *chiquetas...*»
y la crónica atestigua
que fijó su residencia
en aquel verjel más lindo
de cuantos hay en la tierra.

Y creo haber demostrado
para el que saberlo quiera,
por qué son como los ángeles
¡y cual los ángeles besan,
las huríes de mi cielo,
las hijas de mi Valencia...!

J. ENRIQUE DOTRES



LA TARTANA

I

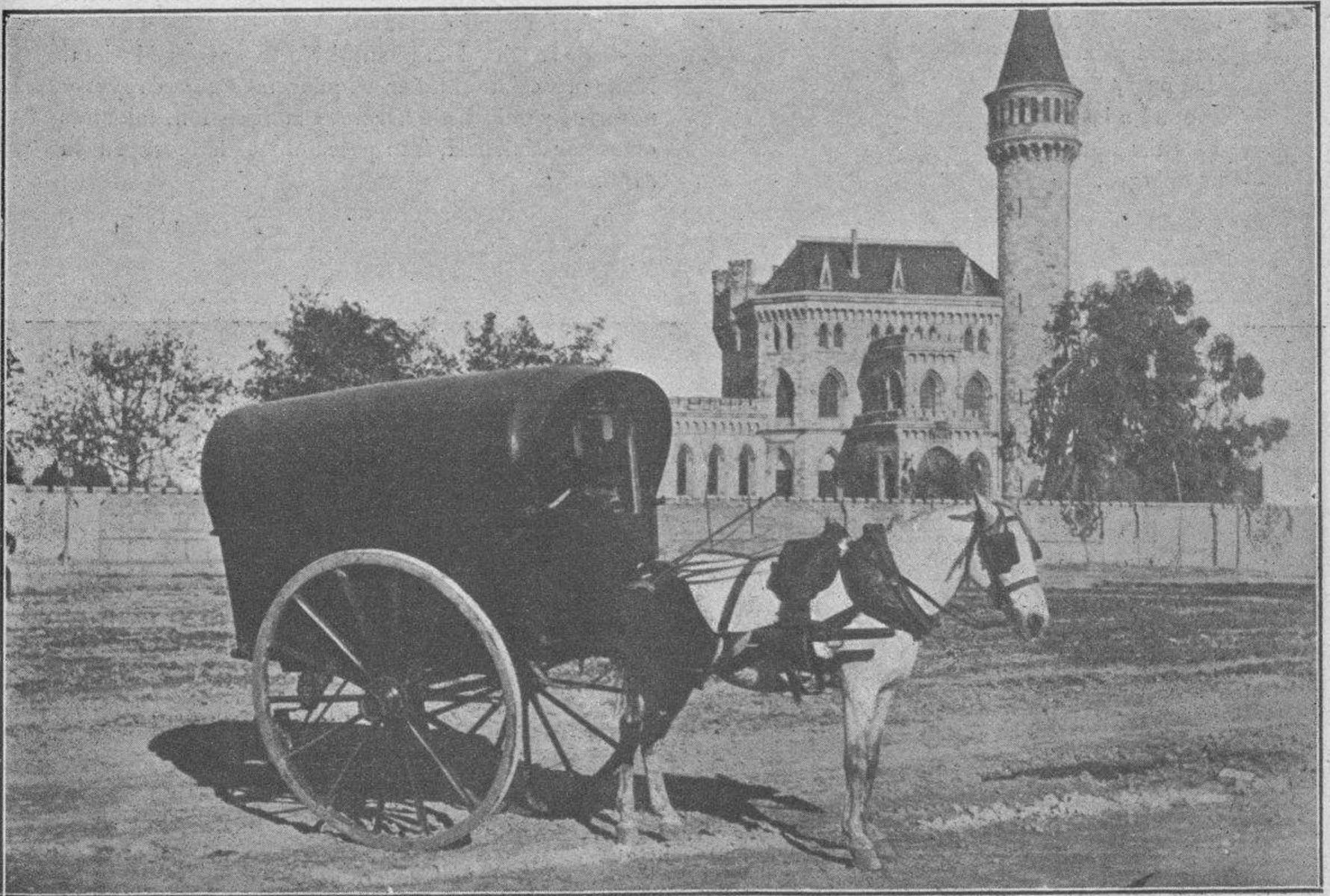
Te digo Marieta que esto no puede seguir así; ó dejamos tanto lujo y hacemos economías ó el mejor día me veo obligado á coger una caja y los trastos, y marcharme á los solares de San Francisco á limpiarle las botas al primero que se me ponga por delante.

—A ti lo que te pasa, es que eres muy pesimista. Cualquiera diría que tener tartana es una cosa extraordinaria. ¿No ves á las de Payuela? Esas tienen faetón, y sin embargo...

—Sin embargo con un *cocot* pasan todo el día y están debiendo hasta el saludo á todo el mundo. Y si nosotros no nos dejamos de lujos y tonterías, pronto acabaremos como ellas.

—Pues bien visten y figuran.

—Figuran que comen. ¿Te parece que eso viste? Además, el que ellas se tiren desde el *Miquelet*, no quiere decir que nosotros tengamos que seguirles. Yo prefiero la tranquilidad á todo lo del mundo. Mientras yo tomo mi chocolate con ensaimada y



La tartana

aigua sibá en Santa Catalina, ellas estarán machacando espinas de bacalao para darle *sustancia* al caldo.

—¿Ves? Ese gasto podrías evitarlo. ¿Por qué no te desayunas en casa?

—Y si te parece con un almuerzo pasamos los dos. Te doy dos ó tres sorbos de chocolate y el refresco nos lo tomamos á medias: á mí me das un vaso de agua y tú te vas á la cuadra á por un poco de cebada.

—Insultador...

—No te incomodes, mujer; pero es que parece que hayas nacido para ministro de Hacienda, según lo poco que de economías entiendes. Aquí lo que hay

que hacer es suprimir la tartana, y con lo que come la jaca nos mantenemos los dos.

—En cuanto al alimento eres bastante razonable... pero ¿no comprendes que se burlarán de nosotros todos los vecinos, cuando sepan que ya no tenemos la tartana? ¡Tanta envidia como les causaba el verme!

—Eso en Valencia ocurre á cada momento. De continuo leo en *El Pueblo*: «Se vende una bonita tartana, con su jaca...» etc. El mejor día voy y firmo yo el anuncio.

—Justo, y te gastas en él lo que vale la comida de un día.

—Nó, tonta; si Blasco Ibáñez es íntimo amigo mío.

La Saeta

—¿Y cuando quieras ir al Grao, de *trompa* con los amigos? Te gastarás el dinero en el Ravachol, ¿verdad? Tienes una cabeza que parece un *meló* de *Alger*.

—Por cierto que ahora voy á enganchar, porque no me acordaba de que tengo que ir con Mariano y *Nelo*...

—¿A dónde?

—Al Grao.

—De *chala* ¿eh? Como siempre.

—Nó, mujer. Vamos á ver si ha llegado un marino que nos trae noticias del emperador chino.

—No estás tú mal chino.

—*Ché, vinga*... Adiós.

II

—¡Marieta! ¡Marieta!

—¿Qué pasa?

—Asómate á la ventana.

—¿Ya estás aquí?

—Por milagro.

—¿Que no vais al Grao?

—Nó.

—Ya bajo.

—Nó. No bajas. Ya te lo diré desde aquí. Vengo de *El Pueblo*.

—¿Has ido á anunciar la tartana?

—Nó.

—Virgen de los Desamparados, qué disgusto me ibas á dar...

—He ido á decirle á Blasco Ibáñez que... que el Ravachol se ha cuidado de liquidarla.

—¿Cómo?

—De un envión.

—¿Y la jaca?

—La jaca también. La pobre ya no sirve más que para botones y la tartana ni para hacer la *paella*...

—¡Ay! Yo me desmayo...

—¡Es la falta de alimento! No te apenes Marieta. Mañana vuelvo al taller. Comeremos como reyes y nosotros yendo á pie haremos la digestión, mientras otros por Valencia, irán paseando el hambre en su *tartaneta*.

F. CUENCA PI



LA CONFIRMACIÓN

(Cuadro de J. Vila Prades)



DESDE EL DESTIERRO

Oh vientos, que pasáis barriendo el cielo
de la inmensa ciudad que el Sena baña:
si es que á mi patria váis, os acompaña
de un proscrito infeliz el loco anhelo.

Cuando á ella lleguéis en vuestro vuelo,
decid ¡por Dios! á mi querida España
que el llanto del dolor mi vista empaña
al verme ausente de su hermoso suelo.

Decidle que fiel guarde mi tesoro,
la madre cuya voz soñando escucho
y la amante mujer á quien adoro:

Y decidle también... que si ahora lucho
con la nostalgia, y desterrado lloro
¡por el delito fué de amarla mucho!

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



Soluciones á lo insertado en el número 504:

CHARADA.—Ramira.

OCTÓGONO LINEAL.—

D O
LI LA
L
LA UD
S I

CRUZ.—

L A N
U T A
L U N E T A S
A T E N U A R
N A T U R A L
A A A
S R L

Correspondencia

por CLAK

Celipín.—¿De dónde se ha sacado usted todo eso? ¿De su cabeza? Pues no se lo publico porque se conoce el continuado uso del cabestro.

Un amigo que le quiere.—*San Sebastián.*—Tiene usted en casi todo mucha razón. Hemos empezado á hacer algo. Gracias por los consejos.

A. V.—*Guadalajara.*—Muy flojos los tres; siento que no me sea posible complacerle.

N. C.—*Granada.*—No era para usted aquella contestación, en efecto: no recibí el soneto de que habla; y si quiere usted saber lo que dice tendrá que repetir el envío. Basta con que mande el original bajo sobre abierto por las puntas y con dos sellos de 1/4 de céntimo.

M. P.—Algo aprovecharé.

R. L. O.—*Gijón.*—Eso no es ser caballero, sino una caballería.

Climoge.—*Alcira.*—Así, así, no se deje usted ablandar por sus miradas, para que no se diga que es usted de cera ó de pasta flora: el hombre debe tener tesón y energía; debe, además, no contar esas cosas en versos tan malos como los suyos.

S. A.—*Madrid.*—Los de usted no son malos, son peores. Ya sé que este chiste no es mío; pero, desgraciadamente para usted, es verdad.

Q. S. R.—Pues mire usted. Lo que tiene que hacer ante todo es leer mucho y bueno, y después emborronar y romper muchas cuartillas para ir adquiriendo la serenidad, soltura y elegancia de frase, cosa que es en el poeta como en la mujer el ser guapa. Los sonetos y los cantares son más difíciles de lo que les parece á ustedes; los sonetos por su artificio que no admite vaguedades, ni conceptos hueros, ni palabras inútiles, y los cantares por su terrible sencillez. Tome precauciones contra los adjetivos, que son pérfidos y taimados; los cuartetos no pueden aconsonantar ni asonantar con los tercetos sin cometer delito de lesa armonía.

P. O. G.—*Madrid.*—Veamos esa dolora.

«Aunque no quiere tu padre que yo te vea, pues te veo y te hablo por el ojillo de la escalera; él es muy bruto, pero yo le desafío, porque aun soy más bruto, cariño mío.»

Lo creo. ¿Esos son los piropos que le echa usted á la novia? Otra cosa; ¿por qué lo titula usted dolora? Lo que es un dolor.

¡Sol! ¡Sol!—¡Soó! Que se desboca usted.

A. V. H.—*Pamplona.*—¡Soberbia letra, amigo! La ortografía ya no es tan soberbia ¡ayh!

S. F. de N.—*Valencia.*—Elegía.

«*Riye riye* y no te importe de la risa un bledo, lo que yo quiero es ver como te *riyes*, y no vuelves á hacer lo del otro día que me atizaste un bofetón muy fuerte porque yo besarte quería.»

Y ahora se venga usted escribiendo versos. Que la dé usted contra la pérdida que no se *riye*, me lo explico, sobre todo si aun le duele el carrillo; pero yo ¿qué mal le he hecho á usted?

L. T. R.—¿Qué poquita cosa es!... Lo publicaré, pero haga algo más original.

J. B. M.—De las dos, una. De lo bueno, poco...

H. M. N.—

«Yo le dije que sí,

y ella me dijo que nó.»

—Contésteme usted á mí:

¿Su padre que le *dijió*?...

R. T. R.—¿Todavía no se ha enterado usted que no admito *Acrósticos*?

M. G. P.—*Eso* lo publiqué yo mismo, con otra firma.

Bellaflor.—Incorrectos.—S. O.: Nó.—G. P.: Nó.—Saretos C.: Nó.—A. T.: Nó.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

— TODA LA CORRESPONDENCIA AL ADMINISTRADOR D. ROMÁN GIL —

Redacción y Administración, Balmes, 86

— PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN —

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





20 cents.

Num. 506

